

Boletín de la Biblioteca Nacional

EPOCA II

SAN SALVADOR, ABRIL DE 1933

No. 7

EDITORIAL

HACIA UNA EXPOSICION DE LIBROS

Estimado amigo Salarrué:

Me sugiere, en mi calidad de Director de la Biblioteca Nacional, que haga una exposición bibliográfica en las salas de la misma o en algunos escaparates del comercio local a manera de propaganda cultural.

Esta sugerencia suya es amable, buena y oportuna, y es por ello que doblaré mi trabajo para atenderla, y así beneficiar al público que gusta del manjar de las nuevas ideas o del vino añejo que aprisionan los libros de las estanterías. Es cierto lo que Ud. dice refiriéndose a la dificultad de leer las buenas obras que constituyen el acervo de la Biblioteca Nacional. Ellas han sido y son aguas sin curso que empiezan a despertar a Tántalo en la conciencia de las multitudes. Sí; los libros de la Biblioteca sirven muy poco al pueblo salvadoreño. Viven escondidos haciendo vida claustral. En mi concepto, la institución que ahora dirijo es un templo feudal cuyas puertas crujen al impulso de sus tesoros espirituales que desean salir y desparramarse en los labios grietados de este público sediento. Y es muy natural: las buenas lecturas tienen que escaparse de sus cárceles apolladas para darse a todos los hombres, sin distingos. Serán para el campesino, para el académico, para el erudito y, si es posible, para el anarquista. Y es que una biblio-

teca, en estos tiempos, está llamada a ser la verdadera Universidad viva de las multitudes. En ella están los horizontes que no alcanzamos en la escuela; la riqueza de conocimientos que no dan las universidades.

Las exposiciones de libros se verifican en muchos países con la tendencia de fomentar la lectura en los habitantes, y no por el camino de la ostentación bibliotecaria, como se lo suponen muchos al tratarse del asunto.

En el órgano de la Biblioteca hemos iniciado la propaganda de sus libros, haciendo una síntesis de cada uno de ellos, a fin de que el lector se sienta interesado por conocerlos. Esto, me parece, amigo mío, se aproxima a lo que Ud. me propone, que, sinceramente, es uno de los medios más prácticos para difundir conocimientos.

La biblioteca, en cuanto a su caudal, sabré decir a Ud. que está en armonía con lo que somos. No es cuantitativa, es cualitativa. Más todavía: un comprimido de biblioteca, que en otros países se llamaría la biblioteca sintética o mínima.

La Biblioteca de nosotros es oro macizo; encierra lo fundamental, lo básico de todas las literaturas, sistemas y escuelas del mundo al través de los siglos. Créamelo que en cuanto se mete la mano hurgadora en sus anaqueles se atrapa un pájaro de esos que tienen alas, pero que no vuelan.

Exposición de libros: ¡Bella cosa ésta!

Imaginémonos, amigo, una exposición de las siguientes obras:

«Historia verdadera de la Conquista de Nueva España», por Rafael Díaz del Castillo; única edición hecha según el código autógrafo, (Su autor escribió tal como vió y con propiedad). «Historia de las Indias y de las Islas de Tierra Firme», por Fray Diego de Durán; «Crónica Mexicana», por Hernando Tezozomoc, precedida del código de Ramírez, manuscrito del siglo XVI, intitulado «Relación de Origen de los Indios que habitan en Nueva España, según sus historias». Impresa en 1878; «Historia de las Indias», por Fray Bartolomé de las Casas, impresa por el Marqués de Fuensanta en el año de 1875; «Romancero General en que se Contienen todos los Romances que Andan Impresos en las Nueve Partes de Romancero», por Luis Sánchez; «Monarchie Indiana con el Origen y Guerra de los Indios Occidentales, sus Poblaciones, Descubrimientos y Conquistas», por F. Juan de Torquemada, impreso en

1723, etc., etc., éstas despertarían grandemente la atención de los aficionados a las especulaciones históricas; de la misma manera expondríamos las joyas de los clásicos que son fuentes de ternura y claridad y las secciones infantiles que son abundantísimas.

Una exhibición así sería de positiva utilidad. Bien se puede efectuar. «En El Salvador todo está por hacerse». Sacar los libros de la Biblioteca a fin de que el público los vea, los toque o los estudie es algo efectivo en eso que llamamos culturizar. Para ello no se necesita de gran esfuerzo. Y se puede hacer mucho más: la hora del cuento en los paseos nacionales y en las escuelas. La difusión de los mejores libros antiguos y modernos por medio del radio. Conferencias dando la noticia jugosa y concreta de lo que contienen las *cajitas de sabiduría*. Así, pues, amigo Salarrué, buscaré los caminos para dar cima a sus deseos. Supongo que no estoy solo en esta montaña de libros de la que ahora soy su guardián.

JULIO CESAR ESCOBAR.

El libro es como el balcón en el que nos asomamos al paisaje hermosísimo del mundo y cuya contemplación nos extasia; es cual la antorcha que ilumina el camino por donde transcurren las generaciones.

DEL ARTE DE LOS IZALCOS

JICARAS

POR LUIS ALFREDO CACERES

En mi mesa de trabajo, una jícara de los Izalcos. Es negra, brillante, alargada como un nido de chiltota. El interior blanco rosa, listo a contener un buen vaso de agua cristalina. Sus contornos opulentos y suaves como caderas de mujer dieron al artista indio la ocasión para ensayar su fantasía decoradora. El buril contorneó con caricia tierna y blanda, la forma, luego se posó ágil y trazó un pájaro tamboroso y fino, unas hojitas y unas flores con una armonía y expresión absoluta.

Imagino el goce del indio color de tabaco al volcar en una cosa tan humilde un pedazo de sus sueños.

Asocio la jícara con su hermano el huacal, amplio como una carcajada y vestido de dibujos caprichosos y sintéticos, como un gran señor cubierto el pecho de condecoraciones.

Las jicaras me hacen pensar en los petates y sus dibujos.

Un petate de Izalco es un mosaico de figuras geométricas de un arte original y milenario.

Saben ser parcos en la línea y el color estos indios; parcos y elocuentes. Conocen el valor que puede tener la línea o un punto en un caso dado. Son sabios en la

aplicación contrastada del color.

¿De qué medio poderoso se habrán valido para que la civilización ingerida no les matara la propia?

El arte de estos indios merece atención y estudio.

No es por casualidad que hacen estas cosas, obedecen a razones de espíritu, de raza y de costumbres. Y es una verdad que saben expresar la belleza de una manera misteriosa y propia.

Las jicaras pueden contener desde el agua simple hasta el aceite sa-

grado, pasando por el perfumado chocolate y las mil bebidas de los caciques entre las cuales se contaba la chicha.

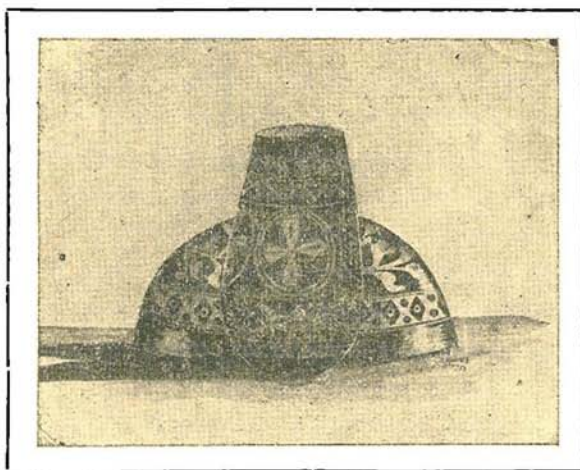
Esta jicari-ta q' descansa en mi mesa, es esbelta y graciosa como una mu-

chachita de diez y seis años; amorosa y discreta como una buena madre.

Al tomarla entre las manos el gesto se hace caricia, el trago de agua se convierte en beso.

La jícara es la hermanita menor del huacal y del tocomate, y éste es el *chero*, el compañero infatigable de andancias y sufrimientos del indio. Y como la jícara es hembra y fina, el indio la cubre de galanterías y atenciones.....

¿Quién enseñó al INDIO a grabar sus sueños?



Nota sobre un libro venezolano

"DOÑA BARBARA"

POR MIGUEL ANGEL RAMIREZ

A los que gustamos de «quedarnos en nuestra tierra» para ensayar la imaginación, expandir el espíritu y desmadejar sentimientos, «Doña Bárbara», la recia, fraterna y bella novela venezolana, junto con otros felices ensayos de literatura americana, (Obras de Horacio Quiroga, de Martín Luis Guzmán), nos dejan en el ánimo una fresca emoción de pujanza, de exuberante amplitud, de cosa nueva, de belleza intocada e inexplorada; de todo eso que hay en América, de nuestra América que tiene sus montañas, sus planicies y sus abismos, donde la selva con sus bestias y sus alimañas, el indio con su corazón de oro y su tanta-sía azul, y la tormenta con sus truenos y relámpagos, de lo profundo del pasado van a las profundidades de la eternidad con su misterioso, reluciente, inmortal patrimonio de belleza. Con Quiroga penetramos en la selva; con Gallegos, hollamos «la devoradora de hombres», la sábana de mil caminos; con Martín Luis Guzmán asistimos al espectáculo bárbaro y cruento, pero grandioso y bello, de la revolución mexicana. Es América que retumba en las montañas, truena en la selva y el mar, brilla y explende en la llanu-

ra ilímite, y se desangra en la guerra, para luego surgir de ella rejuvenecida y pujante en mil formas nuevas.

Ahí está el bagaje de quienes queremos quedarnos en nuestra tierra. No iremos por las montañas europeas, ni por los misterios de la India, ni por las nieves de Rusia, ni por los jacintos de Holanda, ni por las barbas del turco, ni por el alboroz del marroquí, ni por las bestias de Africa, ni por el petróleo de los Estados Unidos. Apenas, y de tarde en tarde, una seguidilla o una copa de vino españoles. «Quedémonos en nuestra tierra».

Ese imperativo de la juventud entusiasmada de Colombia estriba en aquella necesidad. Por centenares de años venimos repitiendo, para cosas íntimas de la imaginación, del espíritu y del corazón, la expresión y la modalidad propias de extrañas razas y medios culturales y materiales también extraños. Pero lo nuestro, lo que nos pertenece, *está esperándonos, a ver cuándo tenemos el buen gusto de abordarlo.*

* *

En América, donde los reinos de la naturaleza producen especies y

POETAS SALVADOREÑOS

(Del libro «Paisajes Psicofísicos»)

EL GAVILAN

Por José Gómez Campos.

ALA tranquila en el azul. *Donaire*
de vuelo en giro lento;
ojo inclinado, de mirar atento,
en la inquietud traslúcida del aire.

Gira sobre el corral su sombra opaca:
pasa sobre un tejado,
pasa sobre la puerta del cercado
y pasa sobre el lomo de una vaca.

¡Oh, dulzura de sombra que se mueve
tan lenta y tan segura!
¡Quién pudiera pensar que hay una dura
persecución en su cadencia leve!

cosas monstruosas por la pujanza de sus savias, «Doña Bárbara» no es un ejemplar nuevo. Tiene el prestigio de lo desconocido, de lo inexplorado: grandes prestigios por cierto.

Cuáles fueron las delectaciones del poeta? Soñar con las cosas de Francia. Dónde entretuvo sus ocios el pintor? En adaptar la técnica europea en cosas de América. Qué hicieron los que escriben, los que tienen por misión altísima dar a conocer lo que ven, lo que piensan y lo que sienten, sino usar, (con escasas y laudables excepciones), un lenguaje cuajado de giros e ideas extrañas? El mismo Darío decía en España, de cuyo vino queremos beber una copita no más: «A vosotros mi lengua no ha de seros extraña».... Habló tan universalmente, sin querer recordarse de lo propio sino de poco a poco.

* * *

Esta «Doña Bárbara», con toda su exuberancia, con todas sus complicaciones psicológicas, con sus

doscientas libras, (porque doscientas libras pesaba sin duda esa mujerona), es un ejemplar de América, donde las cosas, y las personas, se dan al por mayor. Aquí no se conocen medianías, porque la medianía, no existe ni en la misma medianía. Todo es al por mayor. Y qué caudal de belleza tenemos al alcance de la mirada, del pensamiento y del sentimiento.

Rómulo Gallegos, buen americano, no podía desconocer a sus paisanos, y así le vemos de la mano con Doña Bárbara, la sensual, la terrible, Santos Luzardo, el temerario, Marisela, concreción de la ingenuidad, Balbino Paiba, el matretero, Mr. Daker, el norteamericano indeseable. Barquero, el perdido, Sandoval, el leal, y Juan Primito, el bobo, todos ellos, con excepción de uno, americanos, que hablan, piensan y sienten en americano, y actúan en americano.

«Todos los de América tenemos que quedarnos en América.» «Quedémonos en nuestra tierra»!

«A vosotros mi lengua no ha de seros extraña»....

Por mediación del libro recorreremos mentalmente países para nosotros desconocidos y llenos de misteriosa emoción, como la India, el Japón, la China, cuyos lugares nos describen tan maravillosamente Blasco Ibañez, en «La vuelta del mundo de un novelista»; y Enrique Gómez Carrillo, en «El Japón heroico y galante».

HOMBRES Y LIBROS

LA OBRA DE DON MIGUEL ANGEL GARCIA

POR JOSE M. PERALTA

El «Diccionario Histórico Enciclopédico de la República de El Salvador», es sin disputa una obra interesante y la de más aliento que se haya emprendido en nuestro país.

Hojeando las mil ciento cincuenta páginas de los dos primeros tomos —que no comprenden sino una parte de la letra A— podemos darnos cuenta de la inmensa labor llevada a cabo por D. Miguel Angel García; y profundizando un poco, leyendo acá y allá con atención algunos de sus capítulos, nos formamos una idea del cuidado, la erudición, ecuanimidad y el cariño con que tan meritísimo autor se ha lanzado a su titánica empresa.

Porque sólo un amor intenso a la patria puede explicar el milagro realizado por el señor García; únicamente un acendrado patriotismo, secundado por una abnegación sin límites, pudo darle ánimo para vencer los mil obstáculos con que de seguro ha tropezado en su camino.

Nos sorprendemos cuando contemplamos esos monumentos del humano esfuerzo que se llaman «Enciclopedia Británica», el gran «Larousse» o «Enciclopedia Ilustrada Universal», de la Editorial Espasa; pero enseguida comprendemos que esas obras grandiosas no son el esfuerzo de un hombre solo, sino de centenares de sabios y hombres

eruditos, pagados con más o menos largueza por empresas poderosas de países donde abundan los elementos de toda clase, como bibliotecas riquísimas o archivos que atesoran, puestos en el mejor orden, documentos de remotas épocas, y profesores y especialistas en todas las disciplinas del saber humano.

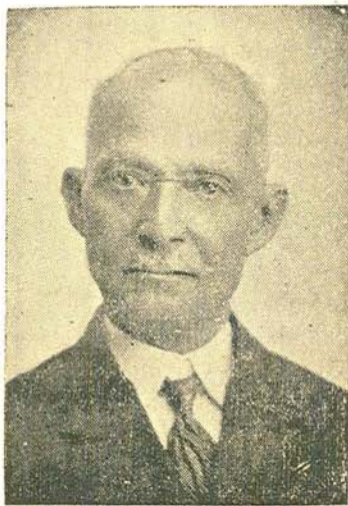
¿Y con qué elementos contaba el señor García? Con su pluma, su entusiasmo y una firme voluntad, estimulados por un amor sin ejemplo a la tierra que lo vio nacer.

Porque, ¿cuáles son nuestros archivos y las ricas bibliotecas en donde acudir en busca de datos y documentos? ¿Quiénes son esos sabios o eruditos que pueden sacarnos de apuros en un momento dado, contestando a una pregunta o resolviendo una duda?

Hace un cuarto de siglo contábamos con una media docena de ellos, mas en estos momentos no creo que pasen de tres.

D. Miguel Angel García, con tesson admirable, desde hace algunos lustros viene buscando y recogiendo en las colecciones incompletas de nuestros periódicos y gacetas, y en los libros de los pocos historiadores dignos de fe, una enorme cantidad de datos históricos, algunos de valor incuestionable.

Si este hombre laborioso contara



Don Miguel Angel Garcia

con medios propios de vida; si no hubiera tenido la preocupación constante del pan para los suyos, por ser poseedor de un capital, su labor, sin desmerecer, se explicara mejor. Lo maravilloso es que el señor García no es más que un modesto funcionario que dedica al servicio del Estado ocho horas diarias, y el ímprobo trabajo que supone la obra colosal en que ha puesto todo su entusiasmo, lo ha llevado a cabo en las horas que debieron ser de descanso, acaso robándolas al sueño.

Hay algo aún más meritorio.

Don Miguel Angel García ha empleado sus energías sin la esperanza de ver su obra impresa y publicada: trabajaba únicamente por amor al estudio y a la gloria; pero no a la suya, sino a la de nuestra patria pequeña, El Salvador.

Modesto, como los hombres de positivo valer suelen serlo, vivió apartado, entregado por completo a su admirable trabajo, sin amigos poderosos ni influyentes.

¿Podía esperar algo de un gobernante que repartiendo el oro de la nación a manos llenas entre dignos paniaguados, no quiso destinar dos mil colones para que un Francisco Gavidia aceptara la invitación del Gobierno del Perú, que más

que a él honraba a El Salvador, para asistir a las fiestas del centenario de Ayacucho?

Esta vez la providencia nos tendió la mano haciendo que don Miguel Angel García tropezara con otro luchador de noble corazón—don Miguel Pinto—y que por su medio hallara al mecenas en la dignísima persona del culto caballero don Francisco Dueñas, a quienes el país debe el poseer hoy día ese inapreciable monumento de erudición y patriotismo.

El Salvador se honra contando desde ahora en la reducida falange de sus hijos ilustres a don Miguel Angel García.

La patria está en deuda con este modesto ciudadano que acaba de honrarla de un modo tan brillante, pues como dijo hace poco nuestro gran pensador Alberto Masferrer, hay pueblos que no tienen otra gloria ni más fama que el haber sido la cuna de hombres excepcionales que la posteridad venerara.

Pido perdón a mi excelente amigo si estas líneas ofendieran su modestia, pero ellas no son más que la expresión de la verdad, por la que guardo religioso culto, y pobre ofrenda que hoy deposito en altar de la Justicia.

Es menester que el público en general se interese por lo que ocurre en el mundo: no sea como el topo que se esconde en las entrañas de la tierra para no ver siquiera la luz.

Que se asome al mundo por el libro, el que dará al espíritu necesidad, ánimo y aliento y fortaleza, y a la mente, sabiduría e inteligencia, refrescando con sus bellas enseñanzas la fiebre de las rencillas y envidias, uno de los tristes patrimonios de la humanidad.

T. P. MECHIN Y LA MUERTE DE LA TORTOLA

POR JOAQUIN GARCIA

Quien por primera vez observe a T. P. Mechín en la calle, acompasado y lento, quemando grasa bajo el sol del meridiano, gran abdomen, lentes penetrantes y bigotes fieros, se dirá: ese que va ahí o es un «doctor» o un «agiotista», tal es su aspecto de solemne.

Por lo menos, esa es la impresión que me causó cuando alguien, en la esquina de la Universidad,

me dijo: ese que viene ahí es T. P. Mechín.

Después oí decir que era un señor de muchas gavetas; que en cierta ocasión había tenido la *silla* de una pata; que era un general.....

Entonces ya no fué lo del «doctor» ni lo del «agiotista» lo que me llenó de espanto. Creí que ese hombre de muchas gavetas, que había estado a punto de *sentarse* y

que además era un general, necesariamente había de ser un bárbaro de esos que aplastan hombres con la misma facilidad con q' aplastan hormigas.

Pero no. He aquí lo que sé por mí.

Encontrábame una mañana abrumado de trabajo en la Redacción de EL DIA, creando ideas que ni los grandes economistas y estadistas han concebido hasta hoy día para aligerar



T. P. Mechín.

esta plancha de plomo que llevamos en el corazón y a la cual, los técnicos dan el nombre de crisis, cuando de pronto, en el marco de la puerta que da al fondo, veo dibujarse, primero, una semiperiferia oscura, después el ala barcina de un sombrero de fieltro y el perfil iluminado de unos lentes y, por último, unos pies, que aunque grandes, me dieron risa. ¡Cómo! ¿Esos pies eran tan fuertes para soportar un mundo?

Entró.

Temblé. Pensaba que semejante tío, no podía menos que ponerme en aprietos.

Es usted don Joaquín García?

Abrí los ojos desmesuradamente. ¿Qué oía?

Una voz suave, insinuante, llana, sencilla, clara.

¿Qué sentía?

Una gran mano regordeta que se entregaba con blandura, que apretaba en «crescendo» y que soltaba sin dejar la impresión de lo grotesco.

Luego, este señor no es aquel bárbaro que me había imaginado. Por el contrario, me imaginé estar delante de un hombre que tenía el corazón tan ancho como sus espaldas y que sus modales de cierta elegancia y sus palabras lianas, sencillas y claras, no eran más que el reflejo del mundo que llevaba dentro, de su espíritu refinado por la cultura y por la fé en que parecía arder.

El monstruo había caído como por encantamiento.

Sin embargo, después, sentí alguna desilusión. Yo habría querido que T. P. Mechín fuera tan bárbaro como aparentaba ser.

**

Ya de cerca, T. P. Mechín, da la impresión de un niño prematura-

mente crecido y sazonado, en quien los años, largos años de lucha, no han logrado adormecer la sensibilidad.

Un niño que se imagina poder arreglar el mundo conforme sus co-razonadas; de hacer los hombres y las cosas, tales como el quiere que sean.

De ahí que en sus libros se descubra siempre alguna dosis de egoísmo, que vestida con las liturgias de ese humorismo de sabor tropical, apasionado, hondo, triste, y fugaz, no convence, y que por el contrario da la sensación de encubrir una máscara de tragedia, el fantasma de una amargura o de otra ilusión que se fué.

Aquí tenemos por ejemplo, LA MUERTE DE LA TORTOLA, la última de sus obras. Abrámosla y leamos en la primera página que salga a nuestro encuentro. La página 16, en uno de cuyos párrafos dice: «Autoridades ofrecen *garantías absolutas*, a menos que de arriba no dispongan otra cosa».

No ven ustedes aparecer la máscara de tragedia, el fantasma de la amargura?

Por entre esas breves líneas se vierte gota a gota, sangre generosa. T. P. Mechín fué uno de los tantos que creyeron en la democracia, pero que al fin salió burlado.

Y aquí está la página 51, párrafo final. «No busque nunca el desquite, don Arturo. Es lo único en que estuvieron de acuerdo los siete sabios de Grecia».

¿Cuántos desquites habrá intentado T. P. Mechín? ¿Cuántos desquites le fallaron?

Otras máscaras de tragedia, otros faunos?

Quién sabe!

El caso es que si nos propusiéramos examinar LA MUERTE DE LA TORTOLA, toda ella nos con-

vencería de eso. Pero por hoy, bastan dos botones.

Ya lo sabemos. El libro está escrito castizamente, con frase sencilla, clara, flexible y con matices admirables. Es de tantas bellezas el paisaje de Cuscatlán, son tan interesantes los hombres y las costumbres!

Este libro de T. P. Mechín, es el primer acontecimiento literario con que comienza el año. Bien por las letras nacionales que cuentan con una obra más, obra de subidos

quilates que se mete por los ojos y se derrama sobre el corazón.

Y bien lector. Como comprenderéis, yo no he querido daros a conocer a T. P. Mechín, que ya lo conocías, sino contar lo que antes pensé y lo que ahora pierdo de él. Al menos he llenado uno de mis deseos, me he salido con las mías. Y esto es ya un triunfo para los que se aplauden a sí mismos. Yo soy uno de ellos, me basta mi propia satisfacción.

Los libros no deberían faltar en ningún hogar. Las obras maestras deben ser conocidas, adquiridas por todos. Hoy ya se van dando cuenta muchos padres del bien que reportan a sus hijos en lo futuro, el acostumarlos de niños a la lectura de libros al alcance de sus inteligencias, para lo cual varias casas editoras han hecho preciosas traducciones resumidas de algunas novelas consideradas como las mejores en el mundo intelectual. Ellas estimulan las iniciativas del niño, poniéndolo en condiciones de seguir con verdadero entusiasmo la carrera u oficio para el que tenga aptitud.

Poetas salvadoreños

CANTO AL CAMPESINO DESOLADO

POR ARTURO R. CASTRO

Campesino de mi tierra, cruda efigie
de dolor, paciencia y duelo,
al exilio inacabable del camino
das un rictus de cansancio y desconsuelo,
¡sombra triste de un rebaño sin destino!

Qué ostracismo inexorable desfigura
el granito de tu rostro milenario?
Vas al modo de un proscrito,
solitario... ¡solitario!...
hombre-cristo desterrado de sí mismo!...

Esa estoica indiferencia que decora
la tragedia de tu prez en decadencia,
es la huella secular de un señorío
que en fatal decrepitud, triste de herencia,
aún tiene su desdén solemne y frío.

Indio huraño, misterioso resultado
de constante adversidad y lucha fuerte,
tú que labras oro vivo a la molicie,
sólo sabes de vivir tu larga muerte,
¡tú, la garra, bajo humilde superficie!...

Ese signo taciturno que los siglos
han grabado en tu semblante sin ternura,
dice el gran martirologio de tu ocaso,
la derrota de tu imperio, ¡la amargura
del titán que va expirando paso a paso!...

Tras de tí, sobre esa tierra que no es tuya,
van tus hijos con el mismo sueño vano
de justicia, moldeando una conciencia
en tu gran lamento humano,
en la llama de tu oscura penitencia!...

Mas el alba se avecina! Claridades
reverberan en la turbia lontananza!...
Un presagio de renuevo el mundo irradia!...
Y tú, indio en holocausto a la esperanza,
tú también tendrás tu Arcadia!...

LOS DIEZ MEJORES LIBROS ESPAÑOLES

POR FELIX ANTONIO HERNÁNDEZ

La revista HISPANIA, editada por la Universidad de Standford, California, Estados Unidos de Norte América, realizó una encuesta entre eminentes escritores españoles, a quienes preguntó cuáles eran, a su juicio, las diez mejores novelas españolas.

Rafael Altamira, contestó así: «Don Alvaro», del Duque de Rivas; «El gran galeote», de Echegaray; «El drama nuevo», de Alvarez Quintero; «La Regenta», de L. Alas; «Fortunata y Jacinta» y «Gloria», de Pérez Galdós; «Pepita Jiménez», de Valera; «Sotileza», «Peñas Arriba», de Pereda; «La alegría del Capitán Ribot», de Palacio Valdés.

Américo Castro cita: «Don Quijote»; «La Celestina»; Arcipestre de Hita, «Libro del buen amor»; Luis de León, «Los nombres de Cristo»; Teresa de Avila, «Libro de su vida»; Lope de Vega, «La Dorotea»; Azorín, «Xastilla»; Baroja, «Aurora Roja»; Ortega y Gasset, «El tema de nuestro tiempo»; Unamuno, «En torno al casticismo» y «El sentimiento trágico de la vida»; Benavente, «Los intereses creados».

Concha Espina formula la lista siguiente: Pereda, «Sotileza»; Galdós, «El abuelo»; Blasco Ibáñez, «La Barraca»; Pedro Bazán, «La Madre Naturaleza»; Padre Coloma, «Pequeñeces»; Ricardo León, «Alcalá de los Zegríes»; Escalante, «Ave María Stella»; Larreta, «La gloria de don Ramiro»; Amado Nervo, «La amada inmóvil».

Según Jacinto Grau son las obras mejores: «La Celestina», «Don Quijote», de Cervantes; «El gran tacaño», de Quevedo; «La vida es sueño», de Calderón; «Las mocedades del Cid», Castro; «El alcalde de Zalamea», Calderón; «El burlador

de Sevilla», Tirso; «Fortunata y Jacinta», Pérez Galdós; «Platero y yo», J. R. Jiménez; «Las Torquemadas», de Galdós.

Alberto Insúa prefiere: Cervantes, «Don Quijote» y Novelas Ejemplares; Quevedo, «Vida del buscón»; Rojas, «La Celestina»; Hurtado de Mendoza, «El Lazarillo de Tormes»; Pérez Galdós, «Fortunata y Jacinta»; Leopoldo Alas, «Su único hijo»; Blasco Ibáñez, «La Barraca»; Valle Inclán, «Las Sonatas»; Unamuno, «La Niebla».

Ricardo León menciona como obras sobresalientes: «El gran teatro del mundo», de Calderón; «Don Juan Tenorio», de Zorrilla; «Don Alvaro», del Duque de Rivas; «Un Drama nuevo», de Tamayo; «Sotileza», de Pereda; «Fortunata y Jacinta» y «El Abuelo», de Galdós.

Armando Palacio Valdés, elige: Cervantes, «Don Quijote». Hurtado de Mendoza, «Lazarillo de Tormes»; Santa Teresa, «Historia de su Vida»; Mateo Alemán, «Aventuras de Guzmán de Alfarache»; Padre Isla, «Fray Gerundio de Campazas»; Jaime Balmes, «El Criterio»; Larra, «Obras completas de Figaro»; Pérez Galdós, «Doña Perfecta»; Pereda, «Sotileza»; Clarín, «Colección de sus Artículos».

Ramón Pérez de Ayala cita: «Don Quijote»; Alarcón, «El Escándalo»; Valera, «Pepita Jiménez» o «Las ilusiones del Dr. Faustino»; Galdós, «Fortunata y Jacinta»; «Misericordia», «Halma» y «Lo Prohibido»; Pardo Bazán, «Doña Milagros»; «Memorias de un Solterón»; Palacio Valdés, «La Alegría del Capitán Ribot»; Clarín, «La Regenta»; «Su hijo único»; Blasco Ibáñez, «La Barraca»; Unamuno, «Abel Sánchez»,

«La Niebla»; Azorín, «Doña Inés»; Miró, «El Obispo Leproso».

Ramón Menéndez Pidal prefiere «Sotileza», de Pereda; «Pepita Jiménez», de Valera; «Misericordia», de Pérez Galdós; «La Hermana de San Sulpicio», de Palacio Valdés; «La Barraca», de Blasco Ibáñez; «La Niebla», de Unamuno; «Sotanas», de Valle Inclán; «El Arbol de la Ciencia», de Baroja; «Belarmino y Apolonio», de Pérez de Ayala; «Doña Inés», de Azorín.

José María Salaverría opina: Pereda, «Sotileza»; Alarcón, «El Escándalo»; Galdós, «Fortunata y Jacinta»; Valera, «Pepita Jiménez»; Blasco Ibáñez, «La Barraca»; Benavente, «Los intereses creados»; Larreta, «La Gloria de don Ramiro»; Baroja, «Zalaincain el Aventurero»; Pérez de Ayala, «Tigre Juan».

¿Los tres mejores Libros salvadoreños?

¿No podría el BOLETIN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL lanzar esta encuesta entre los intelectuales salvadoreños? Ciertamente que nuestra riqueza bibliográfica no es abundante, pero sí tiene muy buenos ejemplares. Es largo ya el camino recorrido desde EL PUNTERO de Juan de Dios del Cid, el creador de la primera Imprenta en América española, y LA MUERTE DE LA TORTOLA, de J. M. Peralta.

Tenemos en nuestro haber obras tan bellas como «Niñerías» de Masferrer; tan atractivas como «Agua de Coco» de Herrera Velado; tan interesantes como «El pensamiento paralogístico en la historia», de Uriarte.

Todos hemos leído con secreto regocijo «El padre de la democracia», de Manuel Andino; «El Candidato», de T. P. Mechín; «La Esfinge de Cuscatlán», de Uriarte y

otras más que a nuestra vida de política se refieren.

¿Y quién no se ha sentido dolorosamente impresionado y urgentemente reclamado al leer las páginas lacerantes de «El dinero Maldito», de Masferrer, o «Leer y Escribir», o «Las nuevas ideas» del mismo autor? Son, en realidad, verdaderos exámenes de conciencia para los salvadoreños.

¿Y aquella lectura honda y jugosa del «Libro del Trópico», de Ambroggi, en que muchos hemos aprendido a amar y a sentir nuestra sagrada tierra salvadoreña, mejor que en geografías aprendidas de memoria?

«Los poetas novios de Cuscatlán», el romance escrito sin pretensiones de novela, sin orden ni concierto, como afirma su autor, y que encierra en bellas páginas inolvidables, uno de los idilios más delicados y sentidos de nuestra literatura nacional.

«Narraciones», del maestro Gavi-dia... ¿Pueden darse páginas más bellas, más intensas, más impresionantes, sobre las epopeyas gloriosas de nuestro pueblo, desde Quetzalcohuatl que retorna a la tierra de sus antepasados, hasta Nemi entregando a Carlos V sus títulos al trono de Cuscatlán, y el Conde de San Salvador y los episodios heroicos de nuestra lucha por la libertad de América?

Sin contar las obras poéticas y didácticas y de otra índole cuya enumeración no es para esta leve nota marginal.

¿Cuáles son los mejores libros salvadoreños? Ahí tienen los amigos de las bellas letras un motivo noble y patriótico para escribir y reflexionar.

Sin duda son más de tres, y éste es ya un dato consolador, para aquellos que creen que somos beocios incurables.

CONSTELACIONES, PRIMER LIBRO DE LOPEZ PEREZ

POR ALEJANDRO ESCALANTE DIMAS

Agitado por la nerviosidad de una hora calurosa, atento a la revisión de informativos criminales en una audiencia de juzgado, y entre el tumulto de expedientes me encontraba cuando llegó a mis manos procedente de Madrid, y por interpósita gentileza del autor, Bachiller Manuel López Pérez, su primer libro intitulado CONTE-

LACIONES; grandes fueron mi emoción y mi curiosidad al ver que un compañero de estudios y de luchas, con la energía de un quijote, había traspasado los pórticos del alcázar donde habita el dios Pan, para robarle su flauta e ir a conquistar frutos a la tierra de Canaán. Privilegio, éste, concedido sólo a los hombres que se acercan a lo bello, a lo bueno y a lo verdadero, porque su espíritu vuela a lo intangible; la realidad de las cosas, para ellos, tiene la visión de cien lenguas adelante; la

ruta a seguir, trazada por la fuerza del pensamiento, rompe con la monotonía y la rutina de la enseñanza mediocre, dogmática, para abrirse paso con hachas de oro y granito, donde hay podredumbre y contagio. Esa es la experiencia y el sentir que se recoge en las páginas de «Constelaciones»; anatema contra los tiranos, en política; estoicismo, en moral; empuje naturalista, en amor; sencillez poética, en arte; e ironía, en la ironía misma.

Y en eso está la gracia y el valor de la obra: es de un muchacho; y hay en el fondo, unidad y armonía.

En esta época de decadencia mental, psíquica y libertaria (cuando el pensamiento está en presidio), sólo los jóvenes que sienten como López Pérez la ardientia de la justicia, se preocupan por orientar, a base de idea y de acción, el descalabro social y la incomprensión que domina a gobernantes y go-

bernados. La juventud no puede, ni debe, en ningún minuto, esquivar la congoja del llanto ajeno, ni huir del dolor sin vivirlo, porque traicionaría su destino de juventud fuerte y audaz. Su lámpara es la de Agis, que al morir en el lugar del suplicio, y ante un amigo que lloraba, dijo: Cesa de llorar, amigo mío, pues muero injustamente, y por eso me revelo mejor que mis verdugos. He ahí lo que López Pérez, en for-

ma precisa y correcta, ha impreso en su libro: rebeldía contra los verdugos de fuera, rebeldía contra los verdugos de dentro.

A primera vista, sin meditar hondo en las frases escritas por el autor de «Constelaciones», se creería que no hay nada nuevo, ni en el cuerpo, ni en el pensamiento, ni en la forma. El lector poco atento y sagaz diría que la obra de López Pérez es producto de sus lecturas, de sus conoci-



Manuel López Pérez

mientos literarios, con muy poco tal vez de científico y filosófico; diría que observa puntos de contacto con la gama y el álveo de los escritos evangélicos del Nuevo Testamento, pasando por Platón, Schopenhauer y Nietzsche y Bergson. Es decir, negaría, quizá, todo sello de personalidad, atribuyendo el contenido de «Constelaciones» a enseñanzas tomadas a aquellos autores. Sin embargo, yo, sin negar esos puntos de contacto, y esa variedad de apreciación, creo haber encontrado el valor fundamental de la obra: su unidad filosófica. López Pérez, sin desdeñar lo científico, lo experimental, acopia de la observación objetiva y subjetiva el material con que construye las columnas de una fina filosofía pragmática, disimulada por un temperamento de liturgia. ¿Que no se puede? ¿Que hay contradicción? No obstante, López Pérez lo ha logrado. El encuentra en los principios científicos normas de conducta aplicables a la vida práctica. La experiencia es más vasta que la ciencia. La fe, la religión, el arte, el amor y la belleza, tienen un valor tan alto como la experiencia científica; de ahí la

necesidad de su aprovechamiento ya que responde, como lo exige el criterio pragmatista, a necesidades humanas y a fines de utilidad. Esa filosofía viva, fresca, real, se halla en «Constelaciones» indiscutiblemente ataviada con los ropajes de un estilo bíblico, con los oros de una profecía que no tardará en cumplirse. Ese es su mérito.

Críticos habrá que tilden a López Pérez de yoista. No importa. Su yoísmo está justificado por los ardores de su juventud. El no puede quitar su humor ni su sangre a un libro que es su primogénito a quien debe amar y debe querer, — con la sola advertencia de que en lo sucesivo, cuando cautive a la diosa Minerva y la lleve al lecho nupcial, la sacrifique más virilmente, más voluptuosamente, para engendrar un hijo superior al padre y a la madre—. Tanto a éstos, como a aquellos, que digan de López Pérez al leer su libro, lo que los críticos de Bernard Shaw, que es un ser en constante contradicción, porque su obra es de variación múltiple y compleja, habrá que responderles que se nutran primero en las fuentes de la filosofía pragmática para poderlo comprender y digerir.

Todos los hombres debieran darse exacta cuenta de lo beneficioso que resulta el gustar de la lectura, el sentir amor por los libros. Ellos son los embajadores de la cultura y el progreso, y pueden ser admitidos lo mismo en el palacio del poderoso que en la humilde vivienda del trabajador.

“PLATERO Y YO”

POR ISABEL ESTRADA.

He aquí una dicha todopoderosa: rodar por estos caminos sobre el paisaje blanco de este libro, una de las joyas de la literatura castellana.

Platero es pequeño, bajo, a la altura del corazón del poeta, como quería Shakespeare que fueran las mujeres. Su trote no es largo, es mínimo; su trote no es brusco, es dulce. Este burrillo trotón, pequeño y débil como el mundo, sostiene sobre su lomo a un poeta con los ojos desmesuradamente abiertos ante la grandeza de Dios.

Este breve libro está dedicado a Platero, una de las almas de este idilio. El poeta se lo dedica, cuando Platero ha muerto, porque «ahora ya podía entenderlo». La gran enseñanza: la muerte de la sabiduría, vale decir, la perfección. ¡Ayl, si se pudiera morir todas las noches, renacer todas las mañanas, se estaría en el más certero de los caminos; y para mí hasta podría ensayarse una pedagogía basada en el error y en el pecado, porque todo reproche que cada uno así mismo se formule, todo arrepentimiento, ceniza de una mala acción, es una pequeña muerte.

Muerto Platero, deja un recuerdo intacto y puro, y destruye toda posibilidad de empañarlo.

Juan Ramón Jiménez, el andaluz universal y cansado de su nombre, como él dice, escribió este bellissimo libro en nueve años, nueve años que fueron búsqueda de adjetivos perfectos, henchidos, próximos a desbordarse de ternura.

Hay en él, el paisaje moguereno, con su río en el que ruedan estrellas náufragas; con sus flores, sonrojos de la primavera; con sus gitanos maculando la tarde.

Juan Ramón Jiménez, con una dulzura gemela de la de San Francisco de Asís, conduce por el mundo a este burrillo en el que ha puesto la misma ternura que pondría en un adolescente. Siempre leí el Platero con la esperanza de que en la página siguiente sería bautizado, para hacerlo cristiano.

Ortega y Gasset cuenta que cuando se preparaba una edición ilustrada de «Platero y Yo», como el dibujante no pudiera hacer un Platero como lo veía Juan Ramón en su recuerdo, el poeta dijo, por último, desolado, que quería un burrito de cristal. Justamente, Platero nos da la sención de cristal, por frágil, como un niño, como una burbuja.

Tomado de «El Libro y El Pueblo»

EL EPISTOLARIO DE FRADIQUE MENDEZ

POR MARTA SALGADO ARGÜELLO.

Entre las páginas blancas de este libro en el que se destacan las frases llenas de un calor y energía incomparables, el espíritu descubre a cada instante prodigiosas frases que penetran a lo más profundo de nuestro ser, transmitiéndonos en ciertos pasajes de sus misivas la emoción profunda que el autor sintió. Con sus descripciones bellísimas, Fradique parece hacer surgir en nuestra memoria recuerdos, o sueños, que nos llevan a un humilde y pintoresco pueblecillo, saturándonos de aquella dulce fragancia que se desprende de sus montes casi salvajes, que invitan a la meditación sobre los inescrutables misterios que oculta en su seno la naturaleza. Cuando todavía en el camino vemos a través de los árboles blanquear las casitas de nuestro pueblo con sus rojas techumbres, sentimos una leda emoción, una alegría inmensa, un bienestar, después del bullicio de la ciudad moderna. ¡Qué suave misterio son la soledad y el sosiego de un pueblo situado entre colinas! Y qué dolor sentimos cuando al volver, pensando encontrar reposo a las agitaciones de nuestra vida, nos encontramos ante el modelo de la civilización, que si bien debe enorgullecernos como triunfo del esfuerzo humano, nos produce una tristeza infinita, como si muy adentro de nosotros sintiéramos romperse una ilusión apetecida, como es el albergue solitario y tranquilo

de una aldea; dolor análogo o parecido al que experimenta el creyente al romperse entre sus manos la imagen que adoraba como un Dios.

Sentimos al unísono de Fradique, revelarse nuestro orgullo; nos hallamos fuera del ambiente en que creímos encontrarnos, con las innovaciones que la tiránica civilización ha impuesto, restándole encantos a su natural belleza que antaño encontrábamos, siempre fresca, en el lugar de nuestros recuerdos infantiles, cuando sentimos correr nuestros primeros años bajo la caricia ardorosa del sol y la caricia amorosa y tierna de la madre.

Y a momentos, Fradique desliza suavemente en sus líneas su cálida pasión, que todo hombre fuerte como él siente rugir en su pecho enérgico y noble; siendo débil como un niño se enciende ante el mágico resplandor de unos ojos y la majestad de unas crenchas magníficas, de oro reluciente. A ratos, brilla en sus palabras la jocosidad graciosa y la animosidad de su carácter alegre y despreocupado.

Ansioso siempre de atesorar lo bello, amante insaciable de la naturaleza, Fradique Méndez encierra en su ser el misterio impenetrable de lo eterno; niño y hombre a la vez, en sus afecciones está el impulso hacia una verdad hecha ideal. Para decirlo brevemente, Fradique es el tipo del hombre que piensa y que hace pensar.

NOTICIAS DE LIBROS

EL CONTRATO SOCIAL, por *Juan Jacobo Rousseau*. El libro que hoy nos ocupa es uno de los muy pocos que de manera decidida han influido en la marcha de la humanidad. Su autor, cuya labor se hace sentir en todos los sectores sociales del mundo, fué un pensador dinámico y múltiple: colaboró en la «Enciclopedia» con d'Alarnet y Diderot, dejando así en esta obra inmortal la huella impercedera de sus clarísimas ideas, que son fuentes inagotables para los pensadores y políticos más distinguidos.

La crítica manifiesta que EL CONTRATO SOCIAL tuvo un éxito grandioso y sirvió de base a la Revolución Francesa. La causa de este éxito no está solamente en la osadía de sus ideas, sino también en la perfección de la forma, en el tono profético, en la habilidad de su raciocinio y en la violencia de sus ataques.

El prólogo biográfico, por el notable escritor José Brissa, de esta última edición, nos da un completo detalle de cuanto fué Juan Jacobo Rousseau. La juventud salvadoreña, al leer EL CONTRATO SOCIAL, se dará cuenta que su autor, además de un poeta, fué un héroe.

BIOGRAFIA

HISTORIA DE LOS ORIGENES DEL CRISTIANISMO EL ANTICRISTO, por *Ernesto Renán*.

Después de los tres o cuatro años de la vida pública de Jesús, el período que la obra EL ANTICRISTO abraza, fué el más extraordinario de todo el desarrollo del cristianismo.

Se verá por un juego extraño de ese gran artista inconsciente que

parece presidir los caprichos de la Historia, Jesús y Nerón, el Cristo y el Anticristo opuestos, enfrentados, si así puede decirse, como el Cielo y el Infierno.

La conciencia cristiana está completa; hasta aquí no ha sabido sino amar: las persecuciones de los judíos, aunque muy rigurosas, no han podido aflojar el lazo de afecto y reconocimiento que la Iglesia naciente guarda en su corazón, por su madre la Sinagoga, de la que aquélla está casi separada.

Ahora el cristiano tiene a quien odiar. Enfrente de Jesús se yergue un monstruo que es el ideal del mal, lo mismo que Jesús el ideal del bien.

Nerón—el Anticristo—completa la mitología cristiana, inspira el primer libro santo del nuevo canon, en una horrible matanza la primacía de la Iglesia romana, y prepara la revolución que hará de Roma una ciudad santa, una segunda Jerusalén.

Al mismo tiempo por una de esas coincidencias misteriosas, que no son raras en los momentos de las grandes crisis de la humanidad, Jerusalén es destruida, el templo desaparece: el cristianismo, desembarazado de una amarra demasiado molesta para él, se emancipa cada vez más, y sigue, fuera del judaísmo vencido, sus propios destinos.

Esta es la síntesis de la obra EL ANTICRISTO, de Renán, que, agotada sus ediciones hace muchos años, y tratándose de una obra cumbre, ha vuelto a imprimir la Casa Maucci, de Barcelona, que también editó «La Vida de Jesús», «Los Apóstoles» y «San Pablo», que forman el ciclo de «Los orígenes del cristianismo».

Los dos libros anteriores han ingresado a los anaqueles de la Biblioteca Nacional, como obsequio de la Editorial Maucci, quien siempre nos distingue con sus valiosos envíos.

«UNA MUJER Y UNA DOTE», por *M. W. Hungerford*. Es este un libro en que se hermanan maravillosamente la emoción amorosa y la determinada por el argumento en lo que se refiere a su enlace meramente novelesco. La señora Hungerford, que tantas pruebas tiene dadas de conocer el carácter la psicología del público lector: («La fuga de Lady Vernor», y «No merecía su amor», son dos pruebas irrefutables de lo que acabamos de decir).

Strangford, el señorito mimado por un abuelo amoral, feroz con la

servidumbre e interesado, que trata de rehacer su fortuna a toda costa, finge amor a su prima Elena, la que experimenta por él repugnancia.

El abuelo legó a su nieta una suma respetable con la condición de que debía casarse con Strangford, el odiado primo. Este después hace que asesinen al abuelo y persigue a Elena y al otro primo Denis para apropiarse de la fortuna del difunto.

Strangford halla después su castigo en medio de muchas peripecias dramáticas y emocionantes.

En una palabra: un acierto editorial y una adquisición de valor para la ya famosa biblioteca LA NOVELA INTERESANTE. La Casa Bauzá ha obsequiado con un ejemplar de esta obra a nuestra institución.

Obras recibidas como canje durante el mes de enero de 1933

2 ejemplares del «Boletín de la Cámara de Comercio de Panamá». (Panamá).

1 ejemplar de «Alma Latina». (Puerto Rico).

2 ejemplares de la «Revista Tegucigalpa», números 307 y 310. (Tegucigalpa, Honduras).

1 ejemplar de la «Revista Blanca», número 230. (Barcelona).

1 ejemplar de «Ruidos de la Ciudad», novela corta. (Barcelona).

1 ejemplar de «Amor y Tragedia», novela corta. (Barcelona).

1 ejemplar de «Cuál de los Dos», por Federico Urales. (Barcelona).

2 ejemplares del periódico «El Luchador», números 87 y 88. (Barcelona).

1 ejemplar de la «Gaceta Judicial», número 67. (Quito, Ecuador).

25 ejemplares del diario oficial «La Gaceta». (San José, Costa Rica).

2 ejemplares de la «Revista Investigación y Progreso», números 10 y 12, de los meses octubre y diciembre de 1932. (Madrid).

1 ejemplar de «Altamirano y el Barón de Wagner». Un incidente diplomático en 1862. Documentos recopilados por Joaquín Ramírez Cabañas. (México).

1 ejemplar de «El Exportador Americano», revista. (Nueva York, E. U. A.)

1 ejemplar de «El Progreso de la Ingeniería», revista. (Berlín).

1 ejemplar del «Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural», tomo XXXII, número 8, de noviembre de 1932. (Madrid).

5 ejemplares de «La Escuela Costarricense», número 7, año II. (San José, Costa Rica).

1 ejemplar de la «Gaceta Judicial», año XXXI, número 68, de noviembre de 1932. (Quito, Ecuador).

1 ejemplar del «Boletín de Hacienda», número 53, de octubre de 1932. (Quito, Ecuador, Biblioteca Nac.)

2 ejemplares del «Boletín de la Biblioteca Nacional de Caracas», número 37, de septiembre de 1932. (Caracas, Venezuela, Biblioteca Nacional).

1 ejemplar de «Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía», época 4a., tomo VII, número 1, tomo 24 de la colección. (México, D. F.)

1 ejemplar de «El Comercio», año 1, número 15, de enero de 1933. (Guatemala).

1 ejemplar de «Límites entre Guatemala y Honduras», número 23, del mes de noviembre de 1932. (Guatemala).

1 ejemplar de «El Momento Político Internacional del Mundo», por el doctor Guillermo Valencia. (Bogotá, Colombia, Biblioteca N.)

1 ejemplar de «Cuentos de Mujeres», por Luis Enrique Osorio. (Colombia, Bogotá, Biblioteca N.)

1 ejemplar de la «Revista de Higiene», año XIII, segunda época, número 11. (Bogotá, Colombia, Biblioteca N.)

1 ejemplar de la «Revista de Provisiones del Gobierno Nacional», número 19. (Bogotá, Colombia, Biblioteca N.)

1 ejemplar de «Discusión de Credenciales». (Bogotá, Colombia, Biblioteca N.)

1 ejemplar de «Informe de las Labores del Departamento Nacional de Higiene». (Bogotá, Colombia, Biblioteca N.)

1 ejemplar de «Compilación de Leyes, Decretos, Acuerdos y Resoluciones vigentes sobre Higiene y Sanidad en Colombia», formada por el doctor Pablo García Medi-

na, tomo II. (Bogotá, Colombia, Biblioteca N.)

1 ejemplar de «Presupuesto Nacional de Rentas y Ley de Aproporaciones para el año fiscal de 10. de enero a 31 de diciembre de 1933». (Colombia, Biblioteca N.)

4 ejemplar de «Album de la Guardia del Libertador». por el Teniente Coronel Tamayo. (Bogotá, Colombia, Biblioteca N.)

1 ejemplar de «Escuela de Agricultura». Tomo IV, número 10. (San José, Costa Rica).

1 ejemplar de la «Revista Militar del Ejército». Año XXII, números 243 y 244. (Bogotá, Colombia, Biblioteca).

1 ejemplar del «Boletín Secretariado Iberoamericano de Estudiantes Católicos. (México, D. F.)

2 ejemplares del «Boletín de Leyes y Decretos del Gobierno». Libro XCV, tomo II. (Santiago de Chile, Biblioteca Nacional).

1 ejemplar de «Refutación a un Libro Argentino», por Laureano Vallenilla Lanz. (Caracas, Venezuela. (Biblioteca de Chile).

1 ejemplar del «Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispanoamericanos», por José Toribio Medina, tomos I y II. (Buenos Aires, Biblioteca de Chile).

1 ejemplar del «Almanaque el Mundo de 1933». (España).

1 ejemplar de «Los Argentinos», por Alfonso Durán. (Buenos Aires. Enviado por la Biblioteca Nacional de Chile).

1 Ejemplar del «Boletín de la Liga contra el Cáncer», número 1, año VIII. (Habana, Cuba).

1 ejemplar de «Galería Contemporánea de Hombres Notables de Chile», (1850—1901), por Enrique Amador Fuenzalida, tomo I. (Santiago de Chile, Biblioteca).

25 ejemplares del [«Diario Oficial de la República de Chile», de

octubre de 1932. Enviados por la Biblioteca Nacional.

1 ejemplar de «Aromas del Carmelo», número 1, año XII. (Habana, Cuba).

1 ejemplar del «Boletín de la Biblioteca Nacional de Chile».

1 ejemplar del «Boletín de la Unión Panamericana». Homenaje a Ricardo Palma, 1833 — 1933. (Washington, D. C.; E. U. A.)

1 ejemplar de la «Revista da Faculdade de Direito de Sao Paulo. Año de 1931, volumen XXVII. (Sao Paulo, Brasil).

5 ejemplares del «Diario de Centro América». Biblioteca Nacional de Guatemala.

PUBLICACIONES NACIONALES

3 ejemplares de «El Salvador Médico», número 5. Imprenta Ariel.

3 ejemplares de «Anuario Militar de la República de El Salvador», 1931. Imprenta Nacional.

3 ejemplares de «Cuadernos de Economía», número 9, volumen 1, año 1932. Tipografía La Unión.

3 ejemplares de la «Revista La Centro-Americana», número 246, de enero de 1933. Tipografía La Unión.

3 ejemplares del «Boletín de la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador», número 82. Imprenta Funes & Ungo.

3 ejemplares de «La Rebelión del Indio Aquino» (novela histórica salvadoreña), número 1. Imprenta Ariel.

3 ejemplares del «Boletín de Información Colombiana», número 1. Imprenta Ariel.

3 ejemplares del «Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Santa Ana», número 1. Tipografía Comercial, Santa Ana.

INDICE

EDITORIAL.....	1
JICARAS, por Luis Alfredo Cáceres.....	3
DOÑA BARBARA, por Miguel Angel Ramírez.....	4
LA OBRA DE DON MIGUEL ANGEL GARCIA, por José M. Peralta.....	6
T. P. MECHIN Y LA MUERTE DE LA TORTOLA, por Joaquín García.....	8
CANTO AL CAMPESINO DESOLADO, por Arturo R. Castro.....	11
LOS DIEZ MEJORES LIBROS ESPAÑOLES, por Félix Antonio Hernández.....	12
CONSTELACIONES. Primer Libro de López Pérez, por Alejandro Escalante Dimas.....	14
PLATERO Y YO, por Isabel Estrada.....	16
EL EPISTOLARIO DE FRADIQUE MENDEZ, por Marta Salgado Argüello.....	17
NOTICIAS DE LIBROS.....	18
CANJES.....	20

Las Obras Más Interesantes

Las encontrará usted en la LIBRERIA

La Liquidación Ambulante

EXTENSO SURTIDO.

LOS MEJORES AUTORES.

LOS MAS BAJOS PRECIOS

Visítela y se convencerá.

Frente a H. de Sola.

Apartado 16, San Salvador.

Librería, Gran Repertorio de Música y Mueblería

ALBINO REYES VILLEGAS

Completo surtido de libros de Texto, de las que exige el plan de estudios vigente.

Obras Literarias, Científicas, Filosóficas, Industriales, Comerciales, etc, etc.

Adjunto vendo toda clase de libros raros, ediciones agotadas, etc, etc.

También vendo útiles de escritorio. Repertorios musicales, y todo lo concerniente al Ramo de Librerías.

2a. Av. Norte Nos. 27 - 29.

Teléfono No 1,000